

12/18/2016

EL MESIAS QUE LLEGO PARA SANAR Isaías 53: 1-12

Estamos en la cuarta semana del tiempo que se conoce como *Adviento* que ya sabemos que significa *venida*. Como he estado señalando todas estas semanas, este es un tiempo de preparación espiritual en la comunidad cristiana para celebrar una de las dos más grandes fiestas de la Iglesia Cristiana: la Navidad. He estado insistiendo en que esta preparación consiste en estar reflexionando acerca de la importancia y el impacto que tiene en mi vida en lo personal y en el mundo en general, el nacimiento de nuestro Señor Jesucristo.

Este año hemos estado meditando en la palabra profética de Isaías. Si hay algo que me encanta de este amado profeta de Dios es la cantidad de profecía Mesiánica que contiene, es decir, la cantidad de palabra profética que anuncia la llegada del Mesías tan esperado por Israel unos 750 años antes de que ocurriera. También hemos visto cómo toda esta palabra profética se cumple en la Persona de nuestro Señor Jesucristo.

Es Isaías quien anuncia el nacimiento virginal de nuestro Señor Jesucristo y nos dice que es Dios mismo con nosotros (*Is. 7:14*). Es Isaías quien nos dice que el Mesías traería la luz a un mundo que caminaba en tinieblas (*Is. 9:2*). Es Isaías quien nos habla acerca del reinado sin límite del Mesías y de los títulos de Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno y Príncipe de Paz que le ha dado Dios y que este Mesías, además, es diferente a todos los mesías que habían venido antes por cuanto éste que vendría tiene su naturaleza humana (niño), pero también divina (hijo), es decir, es Dios hecho carne, en forma humana (*Is. 9:6-7*). Cuando el Apóstol Juan dice que Dios ha dado a su Unigénito Hijo (*Jn. 3:16*), además de significar único en cantidad, significa único en su género, es decir único en su tipo, único como Él. Es el único 100% hombre y 100% Dios.

Es Isaías quien nos dice que el Mesías nacería de la familia del rey David (*Is. 11:1*), y que el Espíritu Santo reposaría o permanecería (que es el sentido más correcto de la palabra) en Él, ungiéndolo con una gran cantidad de atributos o cualidades para desarrollar el ministerio para el cual fue enviado por Dios (*Is. 11:2*). Es Isaías quien nos habla de la capacidad de juzgar del Mesías (*Is. 11:3-4*), que tendrá la capacidad de transformar vidas y que ese Niño que nacería, sería quien pastorearía al

pueblo (Is. 11:6-8), es decir, Dios mismo vendría a pastorear a su pueblo (Is. 40:11). Nos dice también que el Mesías no descansará hasta haber concluido su misión (Is. 42:4), hasta que pueda decir con absoluta confianza y certeza: “Consumado es” (Jn. 19:30). Es Isaías quien nos dice que el Mesías viene para quitar la venda que no deja ver la realidad del pecado, para liberar a los presos del pecado, a quienes caminan en oscuridad (Is. 42:7). Hay más, por ejemplo, es Isaías quien nos habla de la llegada de quien prepararía el camino del Mesías, quien vendría para perdonar el pecado del pueblo (Is. 40:1-3), lo cual se cumple en la persona de Juan el Bautista quien presentó al Señor Jesús diciendo: “...He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn. 1:29).

Ha todavía más palabra profética, pero hoy voy a concluir esta serie basada en el Libro de Isaías (aunque todavía faltaría por ver el capítulo 61) con algunas características más acerca de cómo sería el Mesías tan esperado por Israel.

“¿Quién ha creído a nuestro anuncio? ¿y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová?” (v.1).

El mensaje que traería el Mesías sería un hermoso, además de importante, mensaje. ¿Cuál es ese mensaje? En el capítulo 52 de Isaías leemos: “Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salvación, del que dice a Sion: ¡Tu Dios reina!” (Is. 52:7). Este mensaje lo repetiría nuevamente el Señor a través del Profeta Nahúm (Nah. 1:15) y el Apóstol Pablo también lo tomaría para expresar la importancia de salir a Evangelizar (Ro. 10:15 / Ef. 6:15). Infortunadamente este mensaje lleno de esperanza no sería creído por muchos. El Mesías y su mensaje sería rechazado por muchos (Jn. 1:11).

El *brazo de Jehová* simboliza su poder y su justicia (Is. 51:5). La frase describe la imagen de Dios mismo peleando por su pueblo. Cuando Él levanta su brazo algo va a suceder: bendición para unos, juicio para otros. Isaías dice que el brazo de Jehová viene con poder para señorear, es decir, para ser el Señor (Is. 40:10). Este brazo de Jehová se ha manifestado en la Persona de nuestro Señor Jesucristo para defender de las garras del enemigo mayor de nuestras almas, satanás, a quienes crean en su anuncio. La Biblia describe siempre a Jesucristo como el Señor.

“Subirá cual renuevo delante de Él, y como raíz de tierra seca; no hay parecer en Él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos” (v.2).

Cual renuevo (retoño) significa que viene de su Padre Dios, hablando de su naturaleza Divina; y en cuanto a su naturaleza humana, es el renuevo de David. La palabra *renuevo* tiene el sentido de “*niño de pecho*” (1S. 15:3). El versículo no significa que será feo físicamente hablando, simplemente que no sería nada extraordinario; como Moisés, por ejemplo, de quien la Biblia destaca su hermosura (Heb. 11:23), o como Saúl, que era reconocido por su atractivo físico (1S. 9:2), o como el mismo rey David (1S. 16:12). Su cuna humilde, su vida sencilla, su modesta apariencia y el parecerse quizás al común de los hombres, no motivaban a muchos a creer que el Señor Jesús pudiera ser el Mesías y por lo tanto, no motivaba a seguirle ni a creer en su mensaje. Finalmente, su figura maltratada, casi desecha en la Cruz del Calvario, da cuenta también de no tener ningún atractivo, ni físico, ni de ninguna clase.

“Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de Él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos” (v3).

El Mesías sería no solamente rechazado por la mayoría, sino que también sería lastimado y herido, además de despreciado y burlado, y no se tendría interés en Él. El Mesías, a pesar de ser Divino, conocería lo que es el verdadero dolor en toda la extensión de la palabra. La palabra *desechado* quiere decir *abandonado*. Estaría también familiarizado (acostumbrado) con el sufrimiento y el dolor. El Apóstol Pablo dice que Él comprende perfectamente la debilidad humana porque era semejante en todo al hombre, pero sin pecado (Heb. 4:15). El Mesías que vendría comprendería perfectamente el dolor humano (físico y emocional), sería sensible al dolor humano porque Él mismo lo experimentaría en carne propia.

“Ciertamente llevó Él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido” (v.4).

La palabra enfermedad se refiere a enfermedades serias o graves, o heridas. El Mesías tiene la capacidad de sanar enfermedades, en especial, la más grave y profunda enfermedad mortal, que es la enfermedad del pecado que pudre el alma poco a poco. Nosotros sabemos que la sanidad (que incluye la liberación demoniaca) y la enseñanza serían las dos principales formas en que el Señor Jesucristo desarrollaría su ministerio para llevar a las personas a tener un encuentro con Dios. Mateo dice que esta palabra profética de Isaías se cumple en la persona de nuestro Señor y Salvador Jesucristo (Mt. 8:17). Pero el significado de estos versículos va

más allá de la sanidad que trae a las vidas de aquellos que creen en Él. El significado es que Él sufrió y padeció todo el dolor y la enfermedad que usted y yo debimos haber sufrido. Él fue tratado por Dios como nos debió haber tratado a usted y a mí por ser viles pecadores, para poder vernos y tratarnos a nosotros como a sus hijos, como siempre lo había visto y tratado a Él.

“Mas Él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre Él, y por su llaga fuimos nosotros curados” (v.5).

El Mesías pagará por un delito que Él no cometió, por una culpa que no tiene Él, pero que sí tenemos nosotros, para que nosotros pudiéramos ser sanos delante de Dios; esa es la culpa del pecado. Pablo lo expresa muy bien cuando dijo: *“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él” (2Co. 5:21)*. La pureza del Señor se vio manchada tan solo por amor a usted y a mí. Y, como la paz con Dios se había roto por causa del pecado, el Mesías vendría a restablecer esa paz perdida que nos enemistaba con Dios (Ro. 5:1,10). Él sería azotado y posteriormente crucificado, atravesando sus manos y pies con clavos y hasta su costado con una lanza. El moriría para que usted y yo pudiéramos vivir. Los verbos *salvar* y *sanar*, en griego, son una misma palabra.

“Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en Él el pecado de todos nosotros” (v.6).

Israel se había apartado de los caminos de Dios y, con Israel, toda la humanidad. En el tiempo de los jueces se había dicho: *“En aquellos días no había rey en Israel; cada uno hacía lo que bien le parecía” (Jue. 17:6; 21:25)*. Por eso tuvo Dios que levantar jueces que pusieran orden. Ahora con todo y reyes, con sacerdotes y con la Ley de Moisés, igual se han apartado de los caminos de Dios dando rienda suelta a sus más bajos instintos y pasiones. Pero todavía hay una esperanza para Israel y para todo el mundo a través del Mesías. En lugar de sufrir las consecuencias de sus propias acciones pecaminosas, el pecado de la humanidad es puesto sobre el Mesías. Él llevará el castigo por nuestros pecados. El inocente sería castigado (que es el sentido de la palabra *cargar*) como culpable, para que el culpable fuera tratado como inocente. Esta es la profecía que mejor describe la obra expiatoria del Cristo. Expiar significa *poner algo sobre otro*, en este caso, la culpa del pecado; de allí la frase: *“chivo expiatorio”*, o *“scapegoat”*. Mientras el mundo se pierde en caminos de

maldad, como dice Dios a través de Isaías, el Señor Jesús dice que Él es el Camino (Jn. 14:6). De hecho, el Único Camino (Hch. 4:12 / 1Ti. 2:5).

“Angustiado Él, y afligido, no abrió su boca; como Cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca. Por cárcel y por juicio fue quitado; y su generación, ¿quién la contará? Porque fue cortado de la tierra de los vivientes, y por la rebelión de mi pueblo fue herido. Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte; aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca” (vv.7-9).

El Mesías sabía perfectamente lo que le iba a costar su ministerio. Pero el Mesías sería obediente hasta la muerte (Ro. 5:19 / Heb. 5:8), sin quejas, sin reclamos, sin reproches, sin condiciones; y sin que nosotros nos mereciéramos para nada ese sacrificio de Él. El hecho de presentarlo como Cordero, ya nos habla de sacrificio. Juan el Bautista dijo del Señor Jesús que era “...el Cordero de Dios, que quita le pecado del mundo” (Jn. 1:29,36). Felipe evangelizó con este pasaje de Isaías al etíope (Hch. 8:26-40). Pedro identifica al Señor como el Cordero sin mancha (1P. 1:19); y el Apóstol Juan lo presenta como el Cordero en el Libro de Apocalipsis alrededor de 23 veces (Ap. 5:6,8,12; 6:1,16; 7:9,10,14; 12:11; 13:8,11, 14:1,4,10; 15:3; 17:14, 19:7; 21:9,14,22,23). Este Cordero que anuncia el Señor a través de Isaías sufriría juicio y muerte; y todo por causa de un pueblo rebelde y ciego que nunca tuvo la disposición de escuchar por estar cómodo con la vida de pecado y por estar aferrados al tradicionalismo de una religión que creían que los salvaría.

Isaías dice que este Mesías moriría como un vil criminal, como un impío; es decir, no moriría con los honores con que mueren los reyes, aun siendo el Mesías. Pedro dice que el justo fue sacrificado por los injustos (1P. 3:18) y que no había pecado en Él (1P. 2:20-22), refiriéndose por supuesto al Señor Jesús. Juan también dice que no había ningún pecado en Él (1Jn. 3:5).

“Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento. Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada. Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho; por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos” (vv.10-11).

Nuevamente, de manera muy clara nos deja ver Dios a través de su profeta, cuál será la misión de su Siervo, el Mesías. Pondrá su vida para perdón de pecados porque así se lo ha mandado Jehová y porque, por

supuesto, así lo ha aceptado el Mesías. El Señor Jesús dijo de sí mismo: *“Por eso me ama el Padre, porque Yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que Yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre”* (Jn. 10:17-18). También dijo: *“Como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos”* (Mt. 20:28). El Señor Jesús asociaba su muerte con la salvación; una salvación que era para todos como le dice Pablo a Timoteo (1Ti. 2:6), pero que infortunadamente no todos aceptaron.

“Por tanto, yo le daré parte con los grandes, y con los fuertes repartirá despojos; por cuanto derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores, habiendo Él llevado el pecado de muchos, y orado por los transgresores” (v.12).

En teología a esto se le conoce como la *muerte vicaria* o el *sacrificio vicario*. Vicario significa *“en lugar de”*. Por eso me molesta tanto que al líder de la religión tradicional se le reconozca como *“el vicario de Cristo”*. El sustituto de Cristo quiere decir esa frase. Cristo NO tiene sustitutos. No es que a esta persona se le considere un mero representante, porque representantes de Cristo somos constituidos todos los cristianos. Sustituto va mucho más allá y creo que es una grave aberración, una blasfemia de la cual tienen que arrepentirse.

Dice Marcos que este versículo se ve cumplido en la Persona del Señor Jesús cuando escribió: *“Crucificaron también con Él a dos ladrones, uno a su derecha, y el otro a su izquierda. Y se cumplió la Escritura que dice: Y fue contado con los inicuos”* (Mc. 15:27-18). Cristo murió en lugar del pecador, pagó la culpa del pecador. Su Cuerpo se tiñó de Sangre para que el pecador fuera emblanquecido y disfrutara de la herencia eterna.

Conclusión.

Es mi oración que todos hayamos entendido en la importancia de reflexionar acerca del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo para poder valorar el impacto que tiene en mi vida en lo personal y en el mundo en lo general. Un breve paseo por la palabra profética de Isaías nos ha ayudado a tener más claro este impacto.

Si el Padre no hubiese mandado al Hijo, es decir, si el Hijo no hubiese nacido, todavía estaríamos muertos en el pecado y tal vez celebrando el día 25 de Diciembre, como la fiesta pagana del sol o de lo que fuera. Pero Él nació. Dios mismo vino en forma humana, vivió entre los

hombres, enfrentó necesidades como todos los demás, lloró y rio como todos los demás; estuvo alegre y triste como los demás; pero Él nunca pecó. Él tenía bien clara su misión y como nos dijo Isaías, y como lo declara el mismo Señor Jesús, no descansaría hasta alcanzarla; solamente por amor a usted y a mí que no merecíamos nada de Él; nada que no fuera juicio y castigo.

¿Será Cristo el centro de la Navidad?, ¿valió la pena su sacrificio por usted y por mí en la Cruz del Calvario?, ¿qué regalo le va a hacer al “festejado”? Yo podría resumir en una sola palabra si valió o no la pena el sacrificio del Señor. Podría resumir en una sola palabra el mejor regalo que le pueda dar: COMPROMISO. El compromiso refleja lo que significa Cristo para usted y para mí.

Ahora usted y yo tenemos la responsabilidad, la misión de anunciar a otros lo que nos fue anunciado a nosotros también: que solamente en Cristo hay salvación, perdón de pecados y vida eterna; que Cristo puede transformar vidas y que solamente en Él podemos vivir una vida de gozo y paz. Tenemos que anunciar que la salvación no se encuentra ni en una religión ni en las buenas obras como creían los judíos, sino en una Persona: Cristo Jesús, Señor nuestro. Si tenemos bien claro esto, si hemos comprendido la importancia del compromiso, entonces le aseguro que, en verdad, Cristo será el centro de la Navidad. Cristo vino para salvar, Cristo vino para sanar de la enfermedad del pecado. Amén... Vamos a orar...